

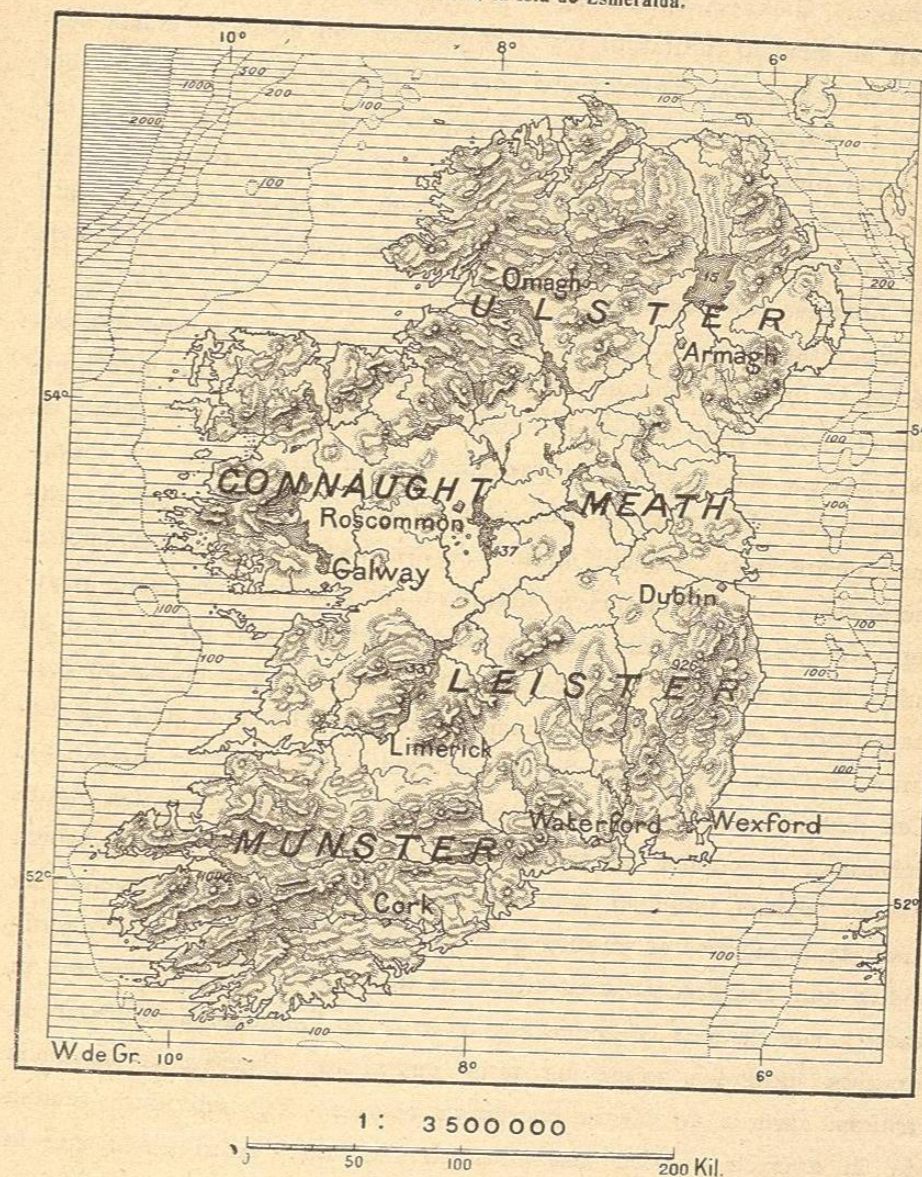
tiene su macizo ó su grupo de macizos que constituía un territorio étnico y político particulares.

Sin duda alguna los contrastes primitivos del suelo y del relieve debieron repercutir en las mismas poblaciones en las épocas de la prehistoria y de la protohistoria; en todo caso es cierto que, durante las edades históricas, el carácter de la inmigración difirió singularmente según las diversas provincias. Las rocas abruptas del Connaught, vueltas hacia el inmenso y solitario Océano, no podían recibir ningún extranjero: la población nativa, que no renovaba ningún elemento del exterior, había, pues, de conservar sus antiguas costumbres mucho más tiempo que los habitantes de las otras provincias. En las orillas del Munster, recortadas de numerosos puertos, abordaron naturalmente los navegantes de la Europa occidental y del Mediterráneo, Fenicios, hace dos ó tres mil años, luego Españoles y Franceses y hasta, últimamente, Berberiscos. La parte nord-oriental de Irlanda, enlazada ya por una arista submarina á Escocia, con la cual se proyecta reunirla, sea por una galería profunda, sea por un viaducto prodigioso, debería estar frecuentemente en relación con la tierra vecina, suministrándole primeramente sus mismos emigrantes, los Scots, que dieron su nombre á Escocia ó Scotland, y después sirvió de camino á la emigración recurrente de los colonos y de los industriales escoceses. Por último el Leinster y sobre todo el Meath, situados frente á las costas inglesas, atraerían hacia sus fértiles tierras los labradores y los comerciantes de la orilla opuesta. Mientras la invasión de las ideas venidas de la tierra oriental se hizo de una manera pacífica, esta amplia llanura, á donde se llega por la bahía de Dublin y que avanza como un atrio á la entrada de un templo, había de ser para el resto de la isla como un foco de irradiación intelectual: en los siglos siguientes, cuando los Ingleses se hubieron establecido allí sólidamente, fué también un centro de conquista desde donde los invasores avanzaron gradualmente hacia los macizos del contorno insular, sometiendo ó exterminando las tribus que carecían de cohesión necesaria á una resistencia victoriosa.

Esa gran diversidad de los elementos geográficos de Irlanda explica también la diferencia y el contraste de las civilizaciones loca-

les: en la misma isla se conservaban supervivencias de la barbarie más atroz, mientras que en otras partes se había elevado la nación á altas concepciones morales muy superiores á las que rigen ac-

N.º 294. Irlanda, la Isla de Esmeralda.



tualmente en casi toda la Humanidad. Como ejemplo de las violencias primitivas, se puede citar un personaje de las leyendas, Connaoll el «Triunfador», hijo de Amorgan de la «Cabellera de fuego»:



aquel rey jamás dejó pasar un día ni una noche sin matar un hombre del Connaught, y jamás se durmió sin tener una cabeza cortada sobre sus rodillas. Una costumbre que persistió mucho tiempo exigía que todo guerrero fuese enterrado verticalmente de cara al enemigo. Hasta el fin del siglo VII, las mujeres de la comarca prestaban el servicio militar al rey y combatían con hoces<sup>1</sup>. Hasta después de esta fecha la esclavitud persistió mucho tiempo, y antes del siglo X, época en que los jefes escandinavos acuñaron en Irlanda las primeras piezas de moneda, el *Senchus Mór*, ó recopilación del derecho irlandés, indicaba la *cumhal*, es decir, la mujer esclava, como signo representativo del valor: su precio se consideraba igual al de tres animales con cuernos.

Por otra parte, ningún pueblo de Europa tenía una idea tan noble de la justicia como el pueblo irlandés. No habiendo sido conquistado jamás, no habiendo jamás sufrido opresión por parte de los Césares, esos terribles destructores, Erin no conoció ese formidable «derecho romano» que dura todavía y resiste á tantos ataques desde hace dos mil años. A los Ingleses, á sus invasiones sucesivas y á su dominación definitiva fué reservado el triste privilegio de suprimir las antiguas costumbres irlandesas. En realidad no había leyes en el derecho de la vieja Irlanda, y sus jueces no eran magistrados en el sentido romano y moderno de la palabra: el término *brithem*, anglicizado en *brehon*, tenía el sentido de «árbitro». Los depositarios del derecho, educados en escuelas especiales donde aprendían á conocer las tradiciones, las costumbres, los proverbios y los poemas, fallaban sobre el caso litigioso, pero guardándose bien de legiferar: el pueblo no lo hubiera consentido. Todo individuo que comparecía ante ellos era tratado como igual, sometía su caso y sus razones, después los árbitros se limitaban á expresar su opinión motivada sobre los actos realizados. Pero si la sentencia arbitral carecía de fuerza coercitiva respecto del individuo, recibía de la opinión pública una potencia absoluta. Admitiendo que la persona reconocida culpable por los árbitros se negase á aceptar la decisión y declarase no deber nada á su adversario, los brehon

<sup>1</sup> D'Arbois de Jubainville, *Etudes sur le Droit celtique*, t. II, p. 123.

proclamaban á su vez que ni «dios ni hombre debían nada» al que despreciaba su sentencia. Cesaba de pertenecer á su sociedad; ningún deudor estaba obligado á pagarle su deuda, ningún mortal era su hermano en humanidad y no había de darle en caso de extremo apuro un pedazo de pan ni un vaso de agua. Todos debían olvidarle como si hubiese dejado de existir. Por eso se prefería casi siempre someterse á la decisión de los árbitros y se aceptaba la sentencia, que solía consistir en entregar al querellante cierto número de reses, de muebles ó de instrumentos, ó bien, cuando pertenecía á la clase de los *nemed* ó «sagrados» — reyes, nobles, sacerdotes, sabios, maestros ú obreros —, se sometía al ayuno durante un período mayor ó menor. Tan arraigado estaba esta jurisprudencia de origen antiguo en la conciencia del pueblo irlandés, que el derecho británico no pudo reemplazar al de los brehon hasta el final del siglo XVII. Y se vió á los últimos árbitros, seguidos de los litigantes y de la multitud de amigos y curiosos, subir la pendiente de una colina para ir á pronunciar su veredicto en plena luz, recordando orgullosamente el perfil de su rostro sobre la claridad del cielo<sup>1</sup>.

Durante su largo período de influencia los brehon irlandeses hubieran sido unos juristas verdaderamente excepcionales, si, como se ha dicho, fuera verdad que hubieran insistido cerca del pueblo para que tratara de pasarse en cuanto fuera posible sin su concurso, y que los interesados se entendiesen directamente entre sí respetando la palabra dada, que se llamaba el «contrato de los labios». Como quiera que sea, es cierto, con gran honor de la nación, que los compromisos verbales fueron por largo tiempo considerados por ella como poseyendo un valor muy superior al de los compromisos escritos, toda vez que las firmas implicaban ya una duda relativamente al honor de los contratantes. «Hay tres períodos en que muere el mundo: aquel en que se pierde la bondad, el de la peste y la guerra, el de la disolución de los contratos verbales». Ese perfecto respeto de la palabra indicaba entre los Irlandeses civilizados un alto cuidado de la propia dignidad, y diversos rasgos de su vida social atestiguaban en efecto la notable iniciativa dejada al individuo en sus

<sup>1</sup> D'Arbois de Jubainville; — Ernest Nys, *Société Nouvelle*, Mayo 1896, p. 604.



relaciones con sus semejantes. Por ello las formas del matrimonio variaban según el deseo de los cónyuges: se podía hacer á prueba, por un año ó por un plazo más largo, á fin de experimentarse recíprocamente y poniendo á salvo los intereses recíprocos en caso de desacuerdo. La misma familia no estaba considerada como un cuadro cerrado: el joven llegaba á ser el «hijo» de su profesor, y éste tomaba el título de «padre nutricio»; uno y otro se debían ayuda recíproca hasta la muerte <sup>1</sup>.

En la época en que apareció el monumento legislativo de *Senchus Mór*, es decir, hacia la mitad del siglo v, la sociedad irlandesa continuaba viviendo la vida del clan, pero admitía ya la distinción de las clases, fundada, no sobre la nobleza de la sangre ni sobre la profesión de las armas, sino, de una parte sobre la riqueza, de otra sobre el saber. La casta de los *filé* ó letrados se dividía por sí sola en diez clases, principalmente según el número de las leyendas, de las narraciones tradicionales que conocía el sabio. La alta nobleza, la de los *ollam*, retenía en su memoria á lo menos 350 narraciones, en tanto que la menor clase privilegiada sólo dominaba 7, aunque poseyendo también las artes de la gramática y de la música, las fórmulas de la química y del derecho. Los *filé* de Irlanda se parecían, pues, á los antiguos druidas de las Galias <sup>2</sup>, con la diferencia que no tenían ya que enseñar doctrinas religiosas; les quedaba el poder de formular juicios, y, dígase lo que se quiera, hubieron de abusar de él con frecuencia. Así es que, en ocasión de un proceso famoso llamado el «Diálogo de los dos doctores», los *filé* formularon unas decisiones incomprensibles para todos á fuerza de pompa y de énfasis, por lo que los mandatarios del pueblo se quejaron al rey Conchebar. «Estas gentes, dijeron, se arrogan el monopolio de la justicia y de la ciencia, pero nosotros no hemos comprendido una palabra de cuanto han dicho», y fué decidido que los *filé* podrían continuar formulando sus «considerandos», pero que el pueblo entero tomaría parte en la decisión final <sup>3</sup>.

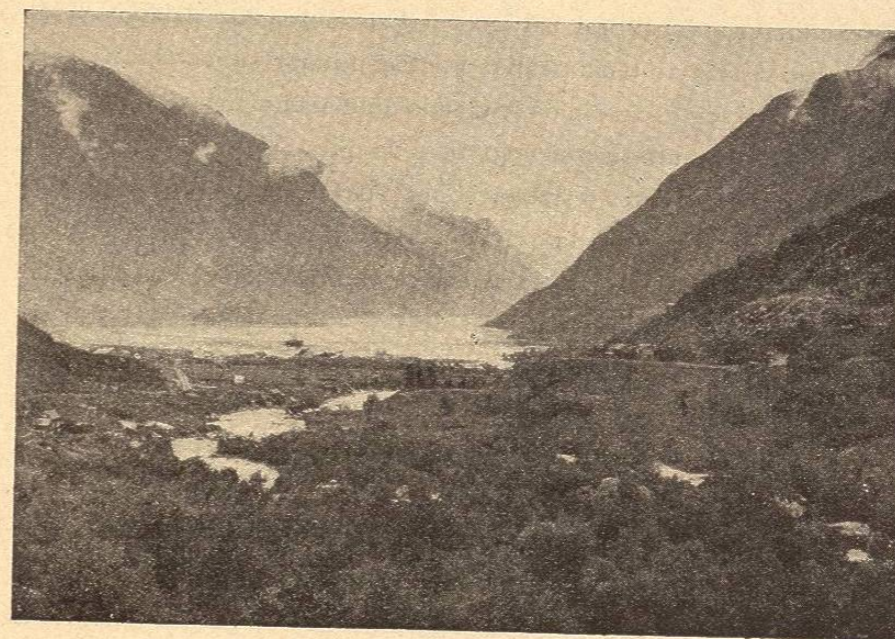
La literatura de Erin era relativamente muy rica en aquella

<sup>1</sup> Ernest Nys, *Société Nouvelle*, p. 608.

<sup>2</sup> Maxime Kovalewsky, *Coutume contemporaine et Loi ancienne, Droit coutumier ossétien*, página 370.

<sup>3</sup> D'Arbois de Jubainville, *Senchus Mór*, p. 99.

época. El gran respeto que á pesar de todo se tenía por la ciencia y por todos los «portadores de luz», sea que representaban el saber antiguo, sea que fuesen ya los precursores de una religión nueva, como los frailes irlandeses que llevaron á los montañeses de los Alpes las primeras nociones del cristianismo, ese respeto fué uno de los grandes agentes de la transformación gradual de las ideas



VALLE NORUEGO AL EXTREMO DE UN FJORD

y de las costumbres durante la Edad Media; gracias á la libertad de ir y venir que les aseguraba la veneración de todos, esos misioneros eran recibidos con honor y servían así de embajadores entre los pueblos, aunque estuviesen en guerra unos con otros. Los mensajeros de paz que, bajo diversos nombres recorrían Europa, tocando sus instrumentos, recitando sus versos ó predicando sus ideas ó sus creencias, contribuían á aproximar los hombres, á pesar de las violencias y de los odios de guerras incesantemente desencadenadas. Cuando el derrumbamiento del imperio carolingio, y cada vez que una nueva emigración impulsaba á los Normandos al pillaje y á la conquista de las regiones costeras de Europa, las relaciones de pueblo á pueblo no quedaron, no obstante, completamente suprimidas,



gracias á los cantores poetas ó misioneros, hombres de paz ante los cuales todos los caminos permanecían abiertos.

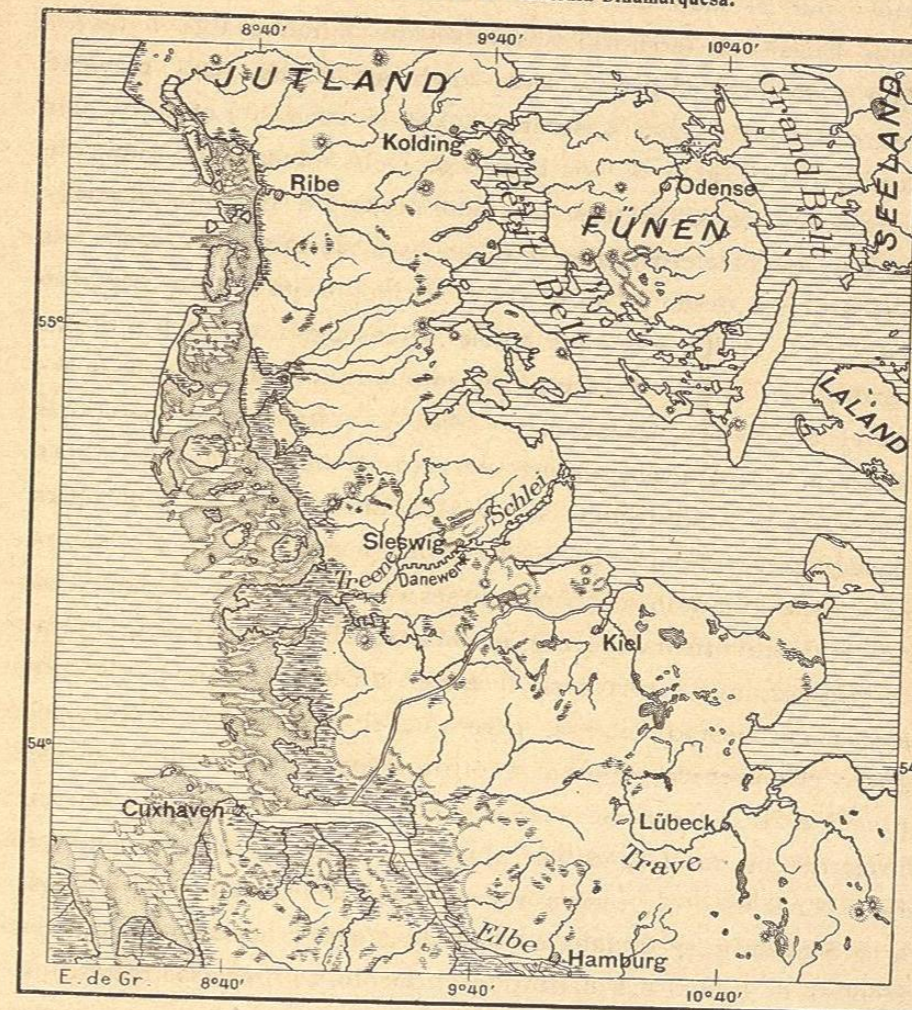
Habiendo sido, la presión del mundo germánico sobre el mundo latino, detenida y hasta rechazada hacia el Este por el germano Carlomagno, los movimientos de emigración fueron separados de sus vías anteriores. Los Sajones vencidos se habían recogido al Norte sobre los Escandinavos del litoral báltico, al Este sobre los Eslavos y los Finlandeses. Estos no tenían salida para continuar su marcha hacia el Occidente, pero los Escandinavos, viendo ante sí el mar libre, hubieron de utilizarle con tanto mayor celo para la piratería y las conquistas cuanto más comprimidos estaban sobre sus fronteras del Sud. El impulso que se produjo en la gran época de la emigración de los bárbaros, y que pobló de Jutes, de Frisones, de Sajones y de Angles las costas bálticas y británicas, hasta las de la Galia septentrional y occidental, iba á reproducirse con una fuerza nueva. Los Dinamarqueses y los Noruegos, frecuentemente confundidos en la historia con el nombre de Nordmaend, Northmen ó Normandos, «Hombres del Norte», prosiguieron furiosamente sus correrías de saqueo: fué entonces la edad de los Vikingr ó Viking, «gentes de los Estuarios» que recorren los mares para desembarcar de improviso en las islas y en las costas, matar los guerreros, raptar las mujeres y apoderarse del botín.

Marinos más que terrestres, esos Viking consideraban como su patria común toda la región septentrional de Europa que las aguas marinas dividen en islas, bañan en penínsulas y penetran en golfos y en estrechos. Aunque unida al continente, Dinamarca pertenecía para ellos al mismo conjunto de comarcas que las otras tierras marinas del Norte, y con gran justicia, desde el doble punto de vista de la geografía y de la etnología, el término Escandinavia abraza á la vez la gran península del Norte y la península menor del Mediodía. Una leyenda de los Eddas nos dice que un rey de Suecia, Gylfi, recompensó á la diosa Gafion, por haberle conmovido con un bellissimo canto, regalándole la isla de Seeland, que una yunta de cuatro bueyes había separado de la tierra próxima por medio de un profundo surco hecho con el arado <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Edda, *Der Gesang bei der Mühle*, edition de Hans von Wolzogen, p. 405.

Ante todo, los Dinamarqueses, libres del lado del mar, cuidaron de fortificarse por el lado de la tierra. Una estrechura muy favo-

N.º 295. Pedúnculo de la Península Dinamarquesa.



1 : 2 000 000

0 25 50 100 Kil.

En nuestros días, el pedúnculo de la península pertenece por completo al imperio alemán; la frontera pasa á algunos kilómetros al sud de Ribe y de Kolding, después sigue el Pequeño Belt, dejando las islas de Funen y de Laland á Dinamarca.

Entre la desembocadura del Elba y Kiel está indicado el trazado del canal marítimo abierto hace algunos años.

El estrecho de la península permitía esos trabajos de defensa: por el lado del Este, sobre la vertiente del Báltico, una serie de estrechos y de